

El norteamericano Henry Purcell, 90 años, dueño de Portillo, el primer centro de esquí de Sudamérica, está detrás de su escritorio, en una oficina camuflada que mira a la montaña. Revisa concentrado un papel con la traducción al inglés del menú que ofrecerá hoy el restaurante: sopa de choclo, ensalada del huerto, carne a la parrilla, pez roca. Da su visto bueno y pasa la hoja a un empleado, quien, a cambio, le regala unas pequeñas barritas de chocolate.

“Es muy difícil hacer una buena traducción para quien no es nativo. Los menús son lo más complicado que hay”, explica Purcell. De fondo, por medio de un radiotransmisor, se escuchan las conversaciones que lo conectan con lo que ocurre en alguna de las 35 pistas del centro de esquí. Al rato, otra empleada irrumpe porque un pasajero quiere que, como es habitual, le firme *El espíritu de los Andes*, el libro en que el empresario escribió la historia de Portillo, apostado a 2.850 metros sobre el nivel del mar, a 146 kilómetros de Santiago y a poca distancia del punto alto de Uspallata, uno de los principales pasos fronterizos de Chile y Argentina.

En 2002, tras cuatro décadas al mando de este hotel de montaña, con capacidad para 400 huéspedes y que este año cumple 75, Purcell cedió la gerencia a su hijo Miguel y, con ella, su oficina. “Era más fácil para los pasajeros encontrarla”, explica. Pero, a poca distancia, sigue tan involucrado en cada aspecto del funcionamiento del lugar como si todo dependiera de él. Instalado durante los meses de invierno en su chalet con vista a la laguna del Inca, asiste a las reuniones de organización, forma parte de las decisiones grupales que mantienen el lugar en marcha, habla con pasajeros y acude a los cócteles donde se les da la bienvenida cada semana. “Somos todos parte de un equipo; algunos contribuyen más y otros menos”, dice.

Junto a su mujer, la norteamericana Ellen Guidera, oriunda de Minneapolis, sigue esquiando, sobre todo a mediodía, aunque evita salir cuando hay demasiada luz plana y tampoco se aventura a las pistas de La Roca Jack —donde se ha quebrado el récord mundial de velocidad— ni a Garganta. Prefiere la Plateau, una de las favoritas de los intermedios avanzados.

Originario de Chaumont, en el condado de Jefferson, en el norte del estado de Nueva York, a orillas del lago Ontario, un



RESIDENTE. Purcell vive todo el invierno en Portillo, en un chalet con vista a la laguna del Inca.



CHAUMONT. Él es originario de esta localidad, en el condado de Jefferson, norte del estado de Nueva York.

EL HOMBRE QUE DETUVO EL TIEMPO EN PORTILLO

Cedió la gerencia del hotel Portillo a su hijo dos décadas atrás y, sin embargo, a los 90 años, Henry Purcell permanece involucrado en la operación diaria, liderando con la misma pasión que lo llevó a transformar este lugar en un refugio familiar en los Andes. Firme en su deseo de mantener intacta su esencia, ha resistido las presiones de expansión y modernización, apostando por detener ahí el tiempo. **POR Muriel Alarcón Luco. FOTOS: Tom Alarcón Luco.**

pueblo pequeño “donde lo más alto que habré visto eran los árboles”, y graduado de Administración Hotelera en la Universidad de Cornell, Purcell llegó a Chile a comienzos de los sesenta con la idea de pasar dos años y darle nueva vida a un hotel cuya infraestructura, entonces, estaba en ruinas. “Por supuesto, nunca volví, y aquí estoy todavía”, comenta, rodeado de objetos que decoran su oficina. Hay fotos de su familia —tiene seis hijos, nietos y bisnie-

tos—, figuras de pájaros chilenos, dibujos del hotel que le dejan los niños que están de paso, piedras recolectadas en sus caminatas por los Andes siguiendo senderos abiertos por animales, una raíz de un bosque cordillerano, un cráneo de puma, e incluso el perno de un andarivel arrastrado por una avalancha en los años 60. —¿Qué lo atrapó de este lugar? —Póngase en la ventana y mire para afuera —responde.



CONSTANCIA. Para Purcell, la clave del éxito de Portillo ha sido mantenerlo siempre igual.



DUPLA. Comparte la pasión del esquí con su mujer, la norteamericana Ellen Guidera.



ANIVERSARIO. Portillo cumple 75 años y su bien cuidada apariencia exhibe con orgullo estilo e historia.

A través de un gran ventanal se ven los andariveles del centro de esquí Portillo que ascienden por los Andes cubiertos por los más de cinco metros de nieve caída esta temporada. Si no fuera por los esquiadores que descienden con cuidado por una pista cercana y el vuelo de un helicóptero, la vista podría confundirse con una fotografía iluminada por un gran foco. “Todo es muy lindo”, dice, apuntando la escena. “La gente aquí es muy agradable. Siempre hemos tratado de promover el centro como un lugar familiar”, añade. “Yo formé parte de una buena familia en Estados Unidos, pero aquí hemos creado un gran equipo familiar”.

Para Purcell, la clave del éxito de Portillo ha sido mantenerlo siempre igual. “Detener el tiempo”, agrega. Nunca ha estado en un lugar como este, y eso que, con excepción de Japón y China, ha esquiado por todo el mundo.

“La gente quiere lo mismo que quería en el año 70; nada ha cambiado en ese sentido. Todavía quieren venir con sus niños, pasarlo bien, estar seguros de que no hay peligros en la nieve. No hay nada nuevo. En realidad, en el mundo sí, pero en el centro de esquí la gente quiere lo mismo”.

Estar hoy en Portillo se siente como hacer un viaje en el tiempo y volver a los años 40, cuando fue construido. El hotel conserva su estructura original: un edificio de estilo alpino, ventanas que enmarcan el lago y las cumbres nevadas, y salones *vintage* con muebles clásicos. Pero nada de aquello estaba así cuando él lo conoció en los sesenta. El Estado había tomado el control del edificio, pero sin recursos para operarlo correctamente. Sus socios, los norteamericanos Bob Purcell y Dick Aldrich, habían comprado la infraestructura mediante una oferta pública, la única que hubo.

Purcell, quien entonces vivía en Nueva York y trabajaba para Hilton, decidió aceptar el desafío. Debía dirigir un hotel ubicado en montañas sudamericanas, a pesar de que “había mucho menos interés en el esquí que ahora”. La oferta hotelera chilena, en aquellos años, tampoco era variada. Purcell recuerda que en Santiago funcionaban el Hotel Carrera y el Crillón.

Aquellos primeros años fueron de puro esfuerzo. Cuando llegó, el hotel estaba en condiciones deplorables. Recuerda haber entrado con un cuidador que vivía en el *living* junto a un cordero negro. “El olor era espantoso”. Las paredes de la cocina estaban cubiertas de grasa, y mobiliario había sido robado. Venía del Hilton, pero antes del Waldorf y del Hotel Plaza en Nueva York. Encontrarse aquello fue un choque. Sin embargo, con la ayuda de sus socios y su determinación, el hotel comenzó a levantarse.

Purcell no sabía esquiarse cuando llegó, pero con el tiempo Portillo se transformó en un destino de esquí reconocido internacionalmente. Menciona momentos icónicos, como el Campeonato Mundial de Esquí en 1966, para el que todos querían que se “quedara para manejarlo”.

“Nadie pensaba que podríamos organizar un evento de esa magnitud aquí, pero lo hicimos”. Un éxito incluso cuando no se contaba con tecnologías como las máquinas de preparación de pistas (Purcell muestra una en miniatura) y que lo llevaron a preparar las pistas “a mano”, aunque mejor dicho, a pie: pues fue a punta de “pisar las canchas con esquís” que, con cooperación del Ejército, lograron hospedar la competencia.

En su memoria están los períodos de escasez bajo el gobierno de Salvador Allende. “No era tan difícil operar... Lo más complicado fue la falta de mercancía; uno tenía que coimear mucho para sobrevivir”. También recuerda las horas que pasó con Fidel Castro y la visita de Pinochet. “Éramos un lugar internacional”, destaca.

A pesar de las dificultades, Purcell se estableció en Chile y nunca regresó a Estados Unidos. A principios de los 90 se encontró con Ellen Guidera, una experimentada esquiadora que había estudiado en Harvard Business School y trabajaba en Disney. Guidera estaba en Chile como parte de un proyecto educativo con editoriales locales, pero Purcell ya la conocía desde años antes, cuando ella había pasado una temporada como profesora de esquí en Portillo. Una fotografía en la pared de su oficina la muestra en esos años en la montaña.

CRUCEROS SKORPIOS EN PATAGONIA

OFERTA ESPECIAL

Glaciares en Patagonia
CHILE

RUTA CHONOS

PUERTO MONTT-GLACIAR SAN RAFAEL

6 DIAS/5 NOCHES-MOTONAVE SKORPIOS II

OFERTA SOLO ZARPES OCTUBRE

Desde \$ 1.312.500*

* VALOR POR PERSONA, BASE DOBLE, CUBIERTA ATENAS EN AMBAS RUTAS - CUPOS LIMITADOS

RUTA KAWESKAR

PUERTO NATALES-GLACIARES CAMPO DE HIELO SUR

5 DIAS/4 NOCHES-MOTONAVE SKORPIOS III

CONSULTAS Y RESERVAS | Tel. 2 2477 1900 | +56 9 3910 4795

www.skorpios.cl | Email: skoinfo@skorpios.cl

“Él me invitó a almorzar en Santiago. Empezamos hablando y recordando cosas... Pero las horas pasaban y llegó la hora de cenar, así que cenamos el mismo día”, cuenta Guidera. Esa conexión se transformó en una vida compartida en Portillo. Con los años, nació Henry Purcell Jr., el hijo menor de ambos, hoy de 22 años, recién graduado de Berkeley, California, y que ahora trabaja en la NASA. En vacaciones, esquía en la montaña que ha sido el hogar de su familia.

Mientras relata esta historia, Purcell observa atentamente el radiotransmisor,



HITO. Purcell transformó Portillo en un centro invernal reconocido, capaz de alojar el Campeonato Mundial de Esquí en 1966.

siguiendo las noticias sobre su hijo, quien en ese momento está practicando heliesquí, esquí fuera de pista, accesible solo por helicóptero. “Siempre me hacen nerviosos los helicópteros”, dirá más tarde.

Al acercarse el mediodía, Purcell, en su oficina, se prepara para salir a la nieve. “Dicen que lo más difícil de esquiar es ponerse las botas”, comenta mientras se las ajusta. A poca distancia del umbral de su oficina, Petra, la perra San Bernardo insignia del lugar, descansa en el pasillo. Pasa el día durmiendo y en las noches sale a pasear en la oscuridad.

El pasillo que lleva de su oficina a las pistas es el mismo que, en otro tiempo, unía la estación de tren con el hotel. Las paredes, tanto en ese corredor como en el resto del edificio, están cubiertas de fotografías en blanco y negro que muestran a familias, grupos y esquiadores solitarios. La montaña y el hotel siguen iguales, pero el paso de los años se hace evidente en los esquiadores con trajes antiguos y despreocupados sin cascos.

Junto a ellas hay imágenes que reflejan cómo el hotel ha aprendido a enfrentar los desafíos propios de la montaña. Una de estas fotos, por ejemplo, muestra una avalancha controlada, algo que hoy se maneja con cañones de aire comprimido que disparan explosivos con precisión hasta un kilómetro y medio. “Uno aprende que la montaña es muy bonita, pero que de un momento a otro puede cambiar el tiempo y ser muy peligrosa. Y hemos tenido avalanchas que han matado gente”, dice, recordando los rescates de 1984 en la frontera, cuando un deslizamiento dejó sepultada a más de 50 personas en el complejo

fronterizo Los Libertadores. Por días Purcell trabajó rescatando a los sobrevivientes con su equipo de gente y máquinas excavadoras. “Nos metimos porque no había nadie más arriba y no había camino, no había manera de llegar con helicópteros. Había que hacer lo que podíamos con las máquinas... que subimos allá. Era la única manera de sacar a esta gente de los escombros de las casas que habían caído”.

En estas décadas, el cambio climático ha añadido más dificultad. Este año volvieron a los tiempos antiguos, con temperaturas de 10 a 12 grados bajo cero durante el día. A pesar de que los pasajeros que están aquí saben cómo manejarse en estas condiciones, en otros momentos ha habido una falta de nieve, como ocurre en todos los centros de esquí del mundo. “La nieve viene, pero no cuando uno espera. Hay una falta de cooperación de parte de la naturaleza”, dice.

Hace casi una década invirtieron en la fabricación de nieve, y hoy pueden producirla en aproximadamente el 80 por ciento de las pistas. “No es lo mejor”, dice. “La nieve es buena, pero no siempre podemos ponerla donde queremos. Pero no hay mucho que hacer. Cuando hay poca nieve, hay mala temporada y no hay cómo pronosticarlo. No hay cómo defenderse con eso. La gente hoy quiere esquiar fuera de pista. Quiere tener la posibilidad de esquiar todas las pistas, no solamente las fáciles, y hacer nieve en ciertas pistas nuestras es prácticamente imposible...”, dice, y agrega: “Lo más difícil es tratar de tener para la gente lo que ellos quieren”.

A pesar de las dificultades, Purcell continúa encontrando lo positivo en lo negativo. Si antes los pronósticos no eran tan



VENTAJA. La vista desde la actual oficina de Purcell es un buen resumen de, como él dice, una de las razones que lo atrapó.

certeros, hoy, en este lugar, pueden saber con una semana de anticipación más o menos lo que va a pasar, y con dos o seis días de antelación saben exactamente lo que sucederá. “Eso no existía antes. No había nadie que pudiera hacer un pronóstico decente”, dice.

Para él, la flexibilidad ha sido clave: “Es un negocio difícil en este sentido. Es muy complicado cuando las cosas empiezan a fallar. Pero también es muy agradable cuando todo anda bien”, dice a poco de lanzarse a esquiar sobre sus esquís.

Cerca de las dos de la tarde, un día de semana, desde el comedor del hotel, de cortinas floreadas que controlan la luz, se percibe el bullicio de pasajeros chilenos, argentinos, brasileños y estadounidenses. “Hay que escuchar la alegría de la gente”, dice Purcell.

Recibe Juan Beiza, el *maitre* del comedor, tan icónico como Purcell. Llegó a Portillo en los años 60 y nunca se fue. A los 76 años, ya jubilado, sigue en la montaña durante la temporada, a cargo del comedor. A pesar de las refacciones, asegura que el lugar “no ha cambiado” en décadas y se enorgullece de haber atendido a “cuatro generaciones de pasajeros”.

“Seguiré aquí hasta que me duren mis cañuelitas”, dice.

Para Beiza, Purcell es tan accesible en el comedor como en su oficina. “No hay que pedirle hora”, afirma.

Después de un breve recorrido en sus esquís, Purcell almuerza en el mismo lugar que lo hace todos los días. “Eso da confianza a los pasajeros. Saben que la administración está siempre”, explica Purcell. Su silla, en la esquina de una mesa redon-

da, de frente al ingreso, le permite observar las caras de quienes disfrutaron un día de esquí, cuenta Guidera.

“Es una alegría que no es normal en todos los restaurantes”, añade Purcell. Cuando está ahí, muchos lo saludan al verlo. Le dicen “Nice to meet you” o “¿Cómo le ha ido? Dan ganas de llegar así a los 90”.

Guidera dice que Henry Purcell en Portillo es como Walt Disney en Disney para los pasajeros. “Cuando se les presenta, le dicen: ‘Oh, you are Henry.’”

Purcell ha rechazado la idea de expandir el centro con condominios o desarrollos comerciales. Quiere mantenerlo como es: “Un lugar pequeño y amistoso”, sin televisor en las habitaciones. Agrandarlo sería contradictorio con su visión. “Tiene un número de personas, un número de canchas, un número de facilidades que es bien balanceado”, dice.

“Quiero que Portillo siga siendo lo que es: un refugio familiar en las montañas, un lugar donde la gente se pueda desconectar y disfrutar de la naturaleza”, explica. Pero sabe que la decisión no solo depende de él. “Eso depende de Ellen y de mis hijos. Si ellos saben lo que yo quiero, ellos tienen que decidir si es lo que ellos quieren”.

Por ahora, disfruta de cada día en Portillo. “Sigo metido en esto y seguiré mientras pueda”. Su secreto es simple: “Conocemos a mucha gente que ya a los 90 años no quiere hacer nada más, excepto descansar. No es mi intención”. **D**



CLAVE. Han sumado tecnologías para escenarios como la falta de nieve.



FAMILIA. Junto a Henry Purcell Jr., su hijo menor, y Petra, la perra San Bernardo que es un ícono del lugar.



ANFITRIÓN. Juan Beiza, el maitre del comedor, es un personaje tan emblemático como Purcell.

35% DE DESCUENTO EN CRUCEROS*

¡EL NUEVO!

— INCLUYE —

BAR ABIERTO ILIMITADO

RESTAURANTES ESPECIALIZADOS

CRÉDITOS PARA EXCURSIONES

PAQUETE DE WI-FI

3º Y 4º HUÉSPED GRATIS

*IMPUESTOS NO INCLUIDOS. RESTRICCIONES APLICAN.

CUPOS LIMITADOS

MEDITERRÁNEO: ITALIA, GRECIA Y TURQUÍA

11 NOCHES, 07 MAYO 2025
A BORDO DE NCL VIVA
ROMA A ESTAMBUL

PRECIO POR PERSONA DESDE
USD 1.573 o \$1.462.890
+ IMP. PORTUARIOS USD 800 o \$744.000

CARIBE: CURAZAO, ARUBA Y REPÚBLICA DOMINICANA

11 NOCHES, 10 MARZO 2025
A BORDO DE NCL GEM
IDA Y VUELTA A MIAMI

PRECIO POR PERSONA DESDE
USD 702 o \$652.860
+ IMP. PORTUARIOS USD 338 o \$314.340

BAHAMAS: GREAT STIRRUP CAY Y NASSAU

03 NOCHES, 20 FEBRERO 2025
A BORDO DE NCL JADE
IDA Y VUELTA A MIAMI

PRECIO POR PERSONA DESDE
USD 294 o \$273.420
+ IMP. PORTUARIOS USD 262 o \$243.660

CARIBE: BARBADOS Y REPÚBLICA DOMINICANA

09 NOCHES, 29 ENERO 2025
A BORDO DE NCL BREAKAWAY
IDA Y VUELTA A MIAMI

PRECIO POR PERSONA DESDE
USD 683 o \$635.190
+ IMP. PORTUARIOS USD 299 o \$278.070



***Consulte términos y condiciones.** Valores por persona en dólares americanos, considerando ocupación doble. Tipo de cambio referencial \$930 y está sujeto a variación. No incluye ticket aéreo. Tarifa y/o disponibilidades sujetas a cambios sin previo aviso. Promoción con tiempo y cupos limitados. Los valores publicados corresponden a la tarifa obligatoria a pagar por parte de todos los pasajeros. No incluye las propinas de tripulación ni MORE AT SEA (opcional). Todos los cruceros deben quedar pagados en totalidad 91 días previos al zarpe. Al reservar con anticipación, se pide un abono de USD 250 por cabina doble en habitaciones interiores, vista al mar y con balcón. Adicionalmente, puedes duplicar tu abono con cupón Cruise First, pregunta por términos y condiciones.